

Polifemo, el cíclope

Libro 3. Mitología para todas las edades

+8

Luis A. González Blasco

ilustraciones
Romina Soto



WEEBLEBOOKS

© 2017

Autor: Luis A. González Blasco
Ilustraciones: Romina Soto
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, julio 2017



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

INTRODUCCIÓN

A padres y educadores

Hace varios miles de años, en la Antigüedad, las ayas griegas contaban a los niños historias llamadas *mythoi*. Estas historias no se diferenciaban en esencia de lo que hoy en día llamamos *cuento*, que podemos definir a grandes rasgos como “la narración de un suceso extraordinario, real o inventado”. La salvedad, sin embargo, es que los *mythoi* tenían como protagonistas a seres divinos o semidivinos que eran objeto de culto religioso entre el pueblo griego. También tenían como protagonistas a héroes que podían contar con el favor, o el disfavor, de esos mismos dioses.

Desde la Editorial WeebleBooks hemos querido recuperar la tradición del mito griego para acercarlo a los más jóvenes en una colección apta para ellos que les sirva de introducción a este apasionante mundo y que les encienda la curiosidad para profundizar en él.

Esto se hace absolutamente necesario en la actualidad, habida cuenta de que el estudio de los mitos clásicos no se contempla

en los programas escolares de los más pequeños, a pesar de la influencia que han tenido y tienen en nuestra cultura –basta ver las marcas comerciales o los videojuegos para comprobarlo–. Permitir el acceso de los menores al mundo del mito clásico de una manera sencilla y adaptada a su edad no puede sino resultar enriquecedor para su formación integral como seres humanos. Y todo ello porque el mito, como el cuento, es un instrumento que nos permite acceder a verdades que consideramos universales. El conocimiento de esa verdad es una armadura básica para poder afrontar las grandes dificultades que a veces nos ofrece nuestro tránsito vital, dificultades que no dependen del contexto histórico ni del tipo de sociedad circundante, en cuanto que son intrínsecas al ser humano.

Este libro es el tercer título de la colección donde presentaremos los primeros mitos tras *Orfeo y Eurídice*; y el de *Teseo, Ariadna y el laberinto del Minotauro*.

Esperamos que los disfrutéis

¡Bienvenidos a este singular viaje en el tiempo!

POLIFEMO, EL CÍCLOPE

Tras muchos días de navegar perdidos en medio del mar con apenas comida y el agua a punto de terminarse, aquellos navegantes de Ítaca, insignificantes comparados con el inmenso mar, pedían a los dioses encontrar tierra para poder aprovisionarse. El vigía, con un grito mezcla de alegría y desesperación, despertó a los aletargados navegantes:

—¡Tierra a la vista!

Odiseo, el capitán, se levantó de un salto y, mirando hacia el lugar por donde señalaba el centinela, pudo ver entre la bruma la silueta de las montañas medio ocultas entre la niebla. Por encima de la isla, una columna de humo se alzaba hacia el cielo.



—¡Está habitada! Sin duda, podremos repostar nuestras escasas provisiones —aclaró al resto de la tripulación el capitán.

Lo que minutos antes era un barco inanimado se transformó en una agitación desmedida. Los marineros se aferraron a los remos y, sacando fuerzas de flaqueza, lograron atracar en las costas de aquella isla. El capitán y doce de sus hombres bajaron a tierra con las alforjas vacías, dispuestos a encontrar alimentos. Odiseo pensó: «Si tropezamos con gentes dispuestas a canjear sus víveres, por lo menos les podremos ofrecer un buen vino, fuerte y sabroso, para el trueque», así que ordenó llevar un par de odres desde el barco.

Caminaron durante horas sin encontrar nada. De improviso, en un pequeño prado cerca de unas montañas rocosas pastaban algunas ovejas de gran alzada.

—¡Son el doble de grandes que las nuestras! —dijo uno de los compañeros de los navegantes. Mientras, escondidos para no asustarlas, miraban el rebaño.

—Por el tamaño de estos animales, deduzco que nos encontramos en la isla de los cíclopes. Según historias de viejos marinos, estas

gentes comen carne humana y sólo tienen un ojo –les advirtió el jefe en voz baja.

Entre las rocas de aquel monte se veía una cueva con aspecto de estar habitada. Sigilosos, escucharon desde fuera... Pasados unos instantes, se dieron cuenta de que no había nadie. Miraron en el interior y, asombrados, pudieron observar las gigantescas dimensiones de la gruta y sus utensilios: cerca de la entrada, sobre

algunas rocas a modo de estanterías, se apilaban enormes quesos, abundantes frutas, verduras frescas y, colgando para secarse, carne de oveja descuartizada. Dentro, sobre una roca plana cubierta de pieles, había un camastro; en el



centro, formando un círculo, las rocas ahumadas de un fuego extinto y, al fondo de la cueva, un corral para ganado formado por troncos entrelazados.

Ante la vista de los alimentos, los ansiosos navegantes comenzaron a llenar sus alforjas. Entretanto, comían trozos de queso a grandes mordiscos sin pensar en su dueño. El jefe apremiaba a sus hombres a que salieran de la cueva, pero los más ambiciosos trataban de arramblar con todo.

Salieron al exterior y cuando caminaron algunos pasos, Odiseo detuvo a sus hombres ordenándoles que esperasen la llegada del dueño, para hacer el intercambio de sus bienes.

Se terminaba la tarde y, distraídos, trataban de coger alguna oveja. No se dieron cuenta de la proximidad del dueño, quien, gracias a su olfato, había detectado la presencia de los intrusos. Cuando éste se les echó encima, se asustaron: su enorme cuerpo, quizás tres veces mayor al de ellos, con orejas puntiagudas, barba abundante y enormes brazos musculados, les gritaba con actitud amenazante. Con el único ojo en el centro de su frente, les lanzaba miradas furiosas. De aquella boca enorme, poblada de dientes



afilados semejantes a los del lobo, salieron estas palabras atronadoras:

—¿Quiénes sois vosotros para profanar mi cueva sin permiso?
Pagaréis cara vuestra osadía.

Trataron de escapar, pero el miedo les hizo tropezar unos con otros, el cuerpo del gigante les cerraba el paso. Desenvainaron sus armas, pero su gesto fue inútil: de un tremendo manotazo derribó a los dos más cercanos. Parecía inmune al filo de sus lanzas y con grandes zancadas se plantó en la boca de la cueva. El capitán y sus hombres retrocedieron hasta el fondo.

La tensión y el desasosiego se apoderaron de aquellos desgraciados. Paralizados por el miedo, se agruparon con sus lanzas dirigidas hacia el cíclope.

Los marinos, atemorizados, no veían escapatoria. Odiseo, más práctico, sólo pensaba en los fallos de su rival para escapar... Una vez dentro de la cueva, el cíclope dejó que entrasen sus ovejas al recinto y arrastró la enorme piedra que servía de puerta hasta tapar la entrada. Se acercó al grupo. Al verle, trataron de escabullirse igual que las gallinas, todos menos los dos más lentos, que quedaron atrapados en sus manos. El capitán, cuando el gigante se disponía a comérselos, se dirigió a la piedra de la entrada para moverla; algunos se le unieron en el intento, pero no consiguieron nada.

El cíclope lanzó unas risotadas al ver gemir a aquellos dos infelices tratando de soltarse de sus manos. Sin previo aviso, abrió su enorme boca y comenzó a darles grandes mordiscos. La situación era estremecedora, los dientes desgarraban las entrañas de aquellos desdichados y por sus labios chorreaba la sangre: era la mismísima visión del averno.

Cuando terminó de comerse a aquellos marineros, dijo con voz poderosa:

—Soy Polifemo, hijo de Poseidón, y por haber sido tan osados, pienso comerlos a todos. Si no queréis que os aplaste como a gusanos, entregadme las lanzas y las espadas.

«Aquellos marineros, tras haber escuchado el nombre del cíclope, recordaron de inmediato los trágicos acontecimientos que tuvieron lugar en aquellas playas: a la adorable Galatea, hija de Doris y Nereo, y a su enamorado Acis, que fue brutalmente asesinado por Polifemo, dándole muerte con una roca descomunal a causa de los celos enfermizos del gigante.

Sin duda, ellos correrían la misma suerte que el joven Acis. El cíclope cruel y despiadado, como había demostrado en otras ocasiones, no dudaría en darles muerte».

Tiraron sus armas al centro de la gruta y pidieron clemencia, para tratar de ablandar el corazón de aquella bestia. Situado detrás del grupo, Odiseo escondió su pequeña daga, sugiriendo a sus compañeros que hiciesen lo mismo.

Polifemo, ayudado por el enorme bastón que empleaba para pastorear, les encerró con las ovejas. Luego se tumbó a dormir, tras haber recogido las armas.



Los primeros rayos de sol penetraron en la estancia, anunciando el nuevo día. Los animales, acostumbrados a pastar siempre a la misma hora, balaban con más fuerza. Los marineros no habían podido pegar ojo, la mayoría por miedo. El jefe, tras urdir un plan

para escapar, se quedó dormido...

El cíclope se levantó, estirando sus enormes brazos hacia el techo y, de forma mecánica, abrió el redil del ganado, obligando a los prisioneros a retroceder hasta el fondo. Corrió la piedra de la entrada para sacar las ovejas; una vez fuera, colocó de nuevo la roca, dejándoles atrapados en el interior.

El jefe, nada más salir Polifemo de la gruta, reunió a sus hombres para tratar de explicarles el plan de fuga. A pesar de haber demostrado su capacidad e ingenio en otras ocasiones, algunos desconfiaban de él y seguían muertos de miedo.

Cuando la tarde se acababa, Polifemo regresó con las ovejas; cerró tras de sí y, con aquella voz atronadora, entre risas burlonas dijo a los asustados marinos:

—¡Esta noche me pienso comer a otros dos, así que preparaos!

El revuelo fue manifiesto, las voces de súplica se mezclaban con las blasfemias, pero Polifemo, sordo a todo, arrinconó a uno de ellos, que terminó siendo devorado por el gigante. El capitán dio un paso al frente y, a gritos, llamó la atención del cíclope, que masticaba al pobre desdichado.

—Sería un verdadero festín, propio de un dios, si acompañáis la insulsa carne de mi compañero con el mejor vino de nuestras bodegas.

Polifemo, al escuchar la palabra “vino” –bebida que no podían cultivar en la isla–, dejó de masticar y, girándose hacia Odiseo, le contestó:

—¿Acaso tú puedes proporcionarme tan apreciado néctar?

El jefe corrió hasta sus compañeros, quienes le dieron el odre; se acercó a unos pasos del gigante y le preguntó:

—¿Dónde queréis que os sirva el vino, mi señor?

Dudó durante unos instantes Polifemo y, finalmente, empujó con el enorme pie el cuenco de madera.

—Ponme un poco en este cacharro, pero bebe tú primero, no termino de fiarme de vosotros.

El capitán dio varios sorbos metiendo la cabeza dentro de la vasija, y se apartó para que Polifemo no desconfiase. El gigante cogió con las dos manos el recipiente y de un solo trago lo vació; el vino, al pasar por la garganta de aquella bestia, hizo su efecto, y su único ojo comenzó a mostrar signos de satisfacción.

—¡Más, más, más! ¡Ponme más!

Odiseo obedeció al instante. La alegría invadía al gigante que, según bebía el vino, sus efluvios le volvían más eufórico. Finalmente, le preguntó:

—¿Cómo te llamas, marinero?

A lo que, de forma sorprendente, le contestó:

—Señor, mi nombre es «¡Nadie!» Así me conocen todos en mi pueblo y los compañeros de mi barco.

—Bien, ¡Nadie!, por haberme dado tu vino y ser tan servicial, ¡te

comeré el último! Ahora sirve más, estoy sediento.

Finalmente, Polifemo se durmió profundamente bajo los efectos del alcohol y todos aprovecharon para desarrollar los planes de Odiseo. Mientras unos avivaban el fuego, otros con sus



pequeños cuchillos sacaban punta al bastón, afilándolo por uno de los extremos. Para darle más dureza, lo calentaron en el rescoldo de la hoguera.

Un grupo de compañeros sugirió clavarle directamente aquel palo en el corazón. De nuevo la prudencia del capitán les sacó de su error y, sin levantar mucho la voz, les dijo:

—Si matamos a Polifemo, ¿cómo conseguiremos mover la piedra de la entrada? Hay que esperar a que él la quite.

Sigilosamente se colocaron a un lado de Polifemo, que dormía en ese momento boca arriba. Después de algún tiempo y en medio de tremendos ronquidos, se giró hacia ellos: sin pensarlo, hundieron el palo con tal acierto que el bastón quedó clavado dentro de la cavidad del



único ojo de Polifemo.

—¡Ay...! ¡Qué dolor! ¿Quién ha sido el malvado que me ha dejado ciego?

De un tirón sacó el palo del ojo ensangrentado y, echándose las manos a la cara, gritó:

—¿Quién ha sido?, ¿quién ha sido? ¡Lo matarééé!

Odiseo daba vueltas alrededor de Polifemo, gritándole:

—Cuando te pregunten quién te ha dejado ciego, diles que ha sido Nadie, no lo olvides: ¡Nadie!

Palpando las paredes, Polifemo tropezó con la piedra de la entrada y, moviéndola con cuidado, abrió un pequeño hueco para poder gritar al exterior:

—¡Socorro! ¡Socorro, vecinos! Nadie me ha dejado ciego y necesito ayuda. Ha sido Nadie cuando estaba dormido.

A lo lejos se escucharon las voces de los cíclopes diciendo:

—Si no ha sido nadie, ¿por qué nos despiertas? Sigue durmiendo que todavía es temprano, y deja descansar a los demás.

Polifemo trató de atrapar a los griegos que, sin grandes dificultades, se escabullían entre sus manos. Cansado de correr

tras ellos, terminó sentándose a esperar que se hiciese de día y poder explicarles a sus vecinos lo que había ocurrido.

Llegó el momento de salir a pastorear y, con suma cautela, Polifemo corrió la piedra de forma que sólo podía caber una oveja cada vez.

Cuando Odiseo vio la estratagema de Polifemo, que tocaba con la mano el dorso de cada animal al pasar por la puerta, dijo en voz baja a sus compañeros:

—Situaos debajo de cada oveja y agarraos al vellón de su panza sin hacer ningún ruido, para que al pasar la mano no os descubra.

En cuanto estéis fuera, ¡corred hacia el barco en silencio!

De esa forma tan sutil, fueron uno por uno saliendo de la cueva sin que Polifemo sospechase nada. El gigante tardó algún tiempo en darse cuenta de la huida y, lleno de odio, a trompicones, se dirigió hacia la costa para matarlos.

Desde lo alto del acantilado escuchó las voces de los marineros tratando de sacar la nave de la playa. Sin pensarlo, se agachó y, palpando con sus manos el suelo, agarró una roca descomunal; guiado por las voces, la arrojó con tal fuerza que, de haber dado en el barco, lo hubiera hundido. En tanto el gigante buscaba otra, para

tratar de aplastar a toda la tripulación, Odiseo, burlándose, desde la proa le gritó:



—¿Recuerdas mi voz, Polifemo?

El cíclope se detuvo y puso atención al escuchar los gritos del que dijo llamarse “Nadie”.

—¡Mi nombre es Odiseo, rey de Ítaca, hijo de Laertes y Anticlea, el hombre que te dejó ciego! Cuando tropieces o caigas por no poder ver, ¡¡recuérdalo!!

Polifemo, rabioso, dando un grito infernal le respondió con este juramento:

—¡Te maldigo, Odiseo, y pido a mi padre Poseidón que mande todas las tormentas y las bestias del mar para que hundan tu embarcación y jamás llegues a Ítaca!

El barco y su tripulación se fueron adentrando en altamar ignorando aquella maldición que, no tardando, se haría realidad.



FIN

«Queridos lectores, de este relato se desprenden cuatro lecciones. La primera: que jamás el miedo paralice vuestras acciones; segunda: la imaginación es un tesoro incalculable de ideas; tercera: jamás os moféis de nadie, pues las burlas se terminan volviendo contra uno mismo; y la última: donde hay una voluntad, hay un camino».

Si quieres leer otros libros de esta colección, puedes descargarlos gratis en www.weeblebooks.com:



El autor

Luis A. González Blasco

Luis A. González es un autor hecho a sí mismo. A partir del primer libro técnico que escribió enfocado a su profesión, es maestro joyero, y titulado “Metalografía básica para joyeros”, descubrió el atractivo mundo de la escritura.

Así, en 2015 publica tres libros: Caminos de Guadarrama, un libro de poemas; Bulnes, una novela corta de estilo costumbrista; y La renuncia del caballero de Ibar, una novela histórica. En 2016 vuelve a publicar otra novela histórica titulada Iberia, el ocaso de un pueblo, donde narra la desesperada resistencia de los pueblos hispanos, iberos, celtiberos, y celtas ante la invasión romana de la península.

En 2017 tenemos el placer de tenerle en nuestro proyecto educativo WeebleBooks con éste su primer libro.



La ilustradora

Romina Soto

Romina Soto es una ilustradora Argentina que actualmente reside en la provincia de Buenos Aires. Disfruta creando ilustraciones digitales así como utilizando medios tradicionales, especialmente acrílicos y acuarelas.

Durante los últimos años ha ilustrado varios libros infantiles así como libros de editorial universitaria. A modo de hobby suele hacer fanart de sus series y películas favoritas, el cual comparte en sus redes.

Romina es colaboradora habitual de nuestra editorial.

Contacto: flyhighdandelion@hotmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/EIArteDeRominaSoto/>

Instagram: <https://www.instagram.com/flyhighdandelion/>

Tumblr: <http://rominasotoportfolio.tumblr.com/>



La editorial



WeebleBooks es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico! Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar
Viaje a las estrellas
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Pequeñas historias de grandes civilizaciones
La Historia y sus historias
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Espárragos en apuros!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón

La Historia y sus historias
Descubriendo a Dalí
Cocina a conciencia
Descubriendo a van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El lazarillo de Tormes
El ratoncito y el canario
Mi primer libro de historia
OVNI
La tortilla de patatas
De la Patagonia a Serón
Mi amiga Andalucía

Cómo leer los libros



Lee **GRATIS** nuestros libros on-line en tu ordenador o tableta. No necesitas ninguna aplicación



Si lo prefieres descarga **GRATIS** nuestros libros en diversos formatos y tenlos para siempre



Si después de leerlos te han gustado, puedes **COMPRARLOS** impresos (*). Además ayudarás a nuestro proyecto

Si quieres colaborar con nuestro proyecto,
contacta con nosotros.

www.weeblebooks.com
info@weeblebooks.com



Nuestro vídeo



Visita nuestra web

WEEBLEBOOKS

© 2017

Autor: Luis A. González Blasco
Ilustraciones: Romina Soto
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, julio 2017



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>